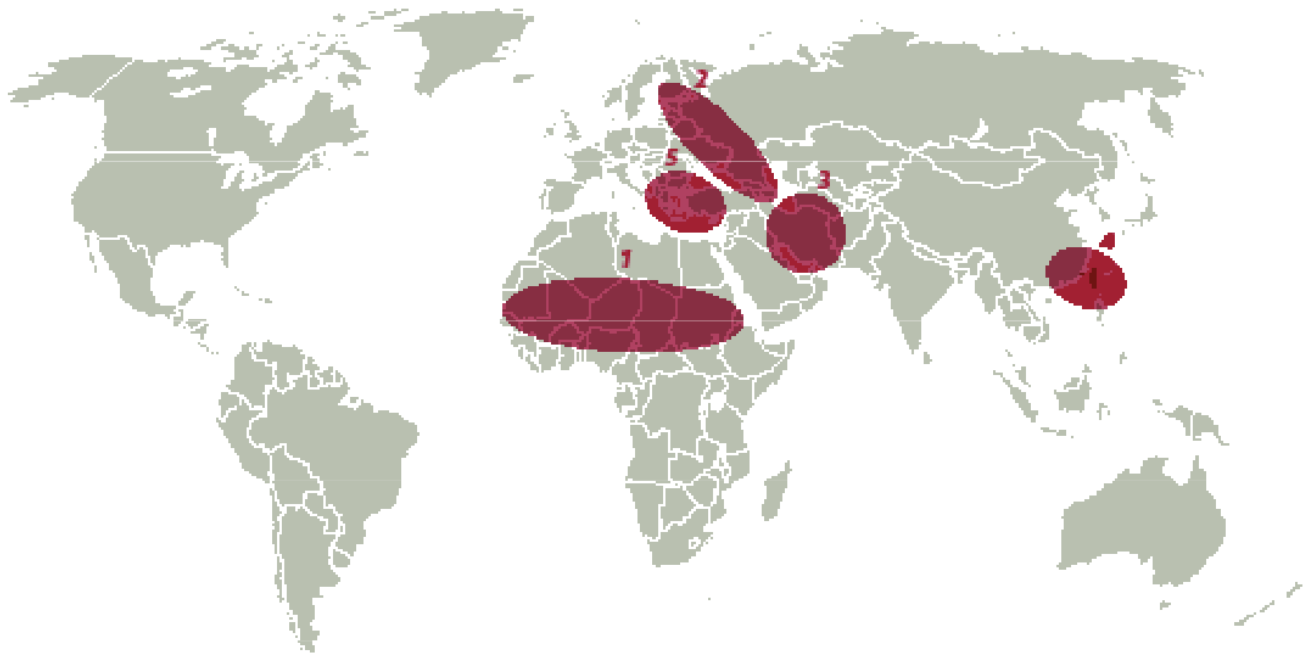


1973-2023: El sistema internacional, medio siglo después

Entre los analistas hay bastante acuerdo en calificar al sistema internacional de anárquico y ordenado al mismo tiempo, y que tres de los adjetivos que mejor lo definen es ser un sistema heterogéneo, interdependiente y complejo. 2023 es un año especial en lo que a las relaciones internacionales se refiere, ya que se cumplen cincuenta años de la primera crisis del petróleo, y sería interesante repasar algunas de las variables fundamentales del tablero internacional

y escrutar hasta qué punto podemos establecer pautas de continuidad y cambio en las mismas. ¿Han cambiado los vectores fundamentales del sistema internacional en este último medio siglo? Las páginas que siguen a continuación intentan dar respuesta a esta pregunta. Por motivos de economía expositiva, se señalarán brevemente las semejanzas y diferencias reseñables en estos cincuenta años, sin la profundidad analítica que un artículo de mucha mayor extensión requeriría.





Empezaremos con las semejanzas. Recordemos la crisis energética de 1973, provocada por el movimiento tectónico en la geopolítica mundial que supuso tanto el fin del patrón oro y la dolarización de la economía mundial, como la decisión de los países árabes de no suministrar petróleo a la mayoría de países occidentales, en represalia a los acontecimientos de la guerra del Yom Kippur. Los meses finales de ese año trajeron consigo un aumento desorbitado de los precios del crudo, una espiral de inflación, decrecimiento económico, desempleo generalizado y la consiguiente estanflación. La discusión sobre el tope de los precios internacionales de la energía entró a pleno pulmón en la agenda de las relaciones internacionales, al mismo tiempo que la necesidad de diversificar las fuentes de oferta energética se volvía imperiosa.

La crisis del petróleo de 1973 puso de relieve dos grandes dinámicas del sistema internacional, que con altos y bajos siguen presentes en nuestros días. Por un lado, la dependencia del desarrollo socioeconómico de las democracias, o semidemocracias, occidentales, de fuentes energéticas demasiado concentradas en ciertas regiones del mundo. La contrapartida de la dependencia sería la diversificación, pero esa sigue siendo una asignatura pendiente del sistema internacional. Por el otro lado, el sistema

internacional es demasiado vulnerable a grandes choques geopolíticos, está demasiado expuesto a consideraciones que no son estrictamente económicas.

¿Le suena al lector? Cambien ustedes la crisis del Yom Kippur por la guerra entre Rusia y Ucrania, y cambien la crisis energética por la seguridad alimentaria mundial, y verán que el tablero sigue siendo el mismo, aunque las ideas del tablero y los movimientos que se llevan a cabo han cambiado.

La segunda gran semejanza que podemos señalar nos viene del espacio. A mitad de la década de los 70 la carrera espacial ya era un hecho, la Unión Soviética ya había tenido su ‘momento Sputnik’ y la administración estadounidense ya había creado la NASA. La ‘guerra de las galaxias’ trasladaba al espacio exterior la carrera de las superpotencias por el dominio del sistema internacional, y al mismo tiempo cristalizaba una constante a nivel global desde entonces: la aparición de países ‘de primera y de segunda’, la división de los actores del sistema internacional en función de su capacidad, de su poder, en ciertos sectores tecnológicos. Curiosamente, China clamó contra viento y marea en 2016 que había vivido su ‘momento Sputnik’ en 2016, cuando se situó como líder mundial de la inteligencia artificial.



¿Le vuelve a sonar al lector esta realidad? Cambien la carrera espacial por la inteligencia artificial, los algoritmos, el ChatGPT, el 5G, la conectividad o los semiconductores, y asistirán a una dinámica que tiene visos de solidificarse en el sistema internacional; la digitalización será la base de las relaciones internacionales en el futuro, y esto puede conllevar, de forma casi inequívoca, la aparición de diferentes ligas de países en esta competición.

Hemos señalado dos grandes semejanzas de este último medio siglo, abordemos ahora las dos diferencias más significativas. En primer lugar, en 1973 nos encontrábamos en plena guerra fría, con una estructura bipolar, conformando el sistema más estable, y predecible, que seguramente han alumbrado las relaciones internacionales. Las relaciones internacionales se estructuraban en cuatro grandes ‘polos’, donde las democracias de corte liberal occidental, la Unión Soviética y sus satélites, el entonces llamado ‘Tercer Mundo’ y el movimiento de los no alineados convivían en el gran tablero del mundo. Las alianzas eran estables y duraderas, y las afinidades políticas, económicas e institucionales iban de la mano. Dos superpotencias dominaban el tapete y la bipolaridad daba consistencia al sistema internacional.

Nada de lo anterior prevalece en nuestros días. La sociedad internacional es mucho más líquida, las afinidades internacionales son efímeras y completamente volátiles y, por encima de todo, destaca el hecho de en nuestro mundo no hay amigos, sino aliados. Y estas alianzas son de todo menos permanentes. Las ‘visiones compartidas del mundo’ cada vez son más escasas y geográficamente concentradas, y en un mundo multipolar no se puede apostar por una continuidad política, institucional e ideológica a largo plazo.

En segundo lugar, recordemos que la guerra fría fue testigo de grandes episodios de la conflictividad internacional, donde destacaríamos los casos de Corea, Vietnam o Afganistán, que fueron alimentados de forma indirecta por las dos superpotencias y que eran un símbolo de la división del sistema internacional. Sin embargo, destacaríamos que la radiografía de los conflictos internacionales ha sufrido un giro copernicano. La posguerra fría ha visto como los conflictos internacionales han cambiado de tablero (la gran mayoría de conflictos tiene lugar en el hemisferio sur), donde casi el 90% de las víctimas son civiles, han visto la aparición de una enorme pléyade de actores no estatales, y donde la gran mayoría de disputas no son convencionales, con la explosión de conflictos interestatales.

Nota conclusiva

Seguramente la gran semejanza de los sistemas internacionales de 1973 y de 2023 sea la excesiva dependencia y vulnerabilidad energética del crecimiento mundial, mientras que la gran diferencia sea la predictibilidad del sistema. ¿Alguien puede descartar una cumbre mundial de países que abrazan el populismo, de dictablandas con poder nuclear, o de economías emergentes

aliadas tanto de Pekín como de Washington, tanto de Bruselas como de Moscú? El autor de estas líneas seguro que no.

Miguel Medina

Doctor en Relaciones Internacionales por la Universidad de Cambridge y Consultor en asuntos europeos e internacionales

Fons de referència:

- Modernidad Líquida, Zygmunt Bauman , Edición 2022
- El mundo en 2023: diez temas que marcarán la agenda internacional, Tendencias, Fundación CIDOB, 2023

Publicat per:



Amb el suport de:



ANUE no fa necessàriament com a seves les opinions expressades pels seus col·laboradors.
